

ban en torno de José, no le hubiese comunicado nada de lo que pasaba. Con la presteza y aquella falta de miramientos que caracterizaban con demasiada frecuencia su manera de obrar, escribió al duque de Rovigo la carta siguiente, que sólo revelaría un triste despotismo, y no merecería ser citada, si al mismo tiempo no hiciese resaltar una inflexibilidad de carácter bien extraordinaria en tales circunstancias.

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Reims 14 de marzo de 1814.

»Nada me decís de lo que pasa en París. Se trata de mensajes, de regencia y de mil intrigas tan necias como absurdas, y que pueden ser concebidas cuando más por un imbécil como Miot. Todas esas gentes no saben que yo corto el nudo gordiano al modo de Alejandro. Que tengan entendido que soy en el día el mismo hombre que era en Wagram y en Austerlitz; que no quiero intrigas en el Estado; que no hay otra autoridad que la mía, y que en caso de acontecimientos apremiantes es la regente quien posee exclusivamente mi confianza. El rey (José) es débil, se deja arrastrar por intrigas que podrían ser funestas al Estado y sobre todo á él y á sus consejeros, si no entran pronto en el camino derecho. Estoy muy descontento de saber todas estas cosas por otro conducto que el vuestro... Tened por seguro que si hubiesen hecho hacer un mensaje contrario á la autoridad, yo habría mandado prender al rey, á mis ministros y á aquellos que le hubieran firmado. — Echan á perder á la guardia nacional y á París, porque son débiles y porque no conocen el país. No quiero tribunales del pueblo. Que no olviden que el gran tribuno soy yo: entonces el pueblo hará lo que conviene á sus verdaderos intereses, que son el objeto de todos mis pensamientos.»

Después de esta triste experiencia de los hombres que le rodeaban, Napoleón se encargó de contestar por sí solo á los plenipotenciarios de Chatillón. Había ordenado ya á Mr. de Caulaincourt que pusiera en juego todos los medios para sostener la negociación é impedir su rompimiento, sin conceder las bases propuestas. Trataban siempre del contraproyecto exigido en un plazo de rigor, que Napoleón, aunque sin negarse abiertamente, sentía una extremada repugnancia en presentar. Esta vez renovó sus instrucciones en términos tan prudentes como honrosos. «Preguntad, escribió á Mr. de Caulaincourt, si los preliminares propuestos, y á los cuales quieren que opongáis un contraproyecto, constituyen el ultimátum de los aliados; si es así, romped inmediatamente, suceda lo que quiera, y diremos á la Francia lo que intentaban imponernos. Si por el contrario os contestan en sentido opuesto, replicaréis que nosotros tampoco, al referirnos sin cesar á las bases de Francfort, no hemos declarado nuestra última voluntad, pero que no puede exigírsenos que nosotros mismos ofrezcamos en un contraproyecto los sacrificios que pretenden arrancarnos. Al menos, añadía, *si quieren castigarnos, que no nos obliguen á hacerlo por nuestra mano propia*. Napoleón quería que Mr. de Caulaincourt, estableciendo una discusión detallada, pudiese asegurarse por sí mismo de lo que era preciso sacrificar y de lo que era posible defender aún; pues en la ignorancia

en que estábamos de las intenciones definitivas de los aliados sobre cada punto, el inconveniente de un contraproyecto consistía en ceder lo que quizá podríamos conservar. Autorizó, pues, á Mr. de Caulaincourt para que abandonara desde luego el Brabante holandés, es decir, esa parte de Holanda que en 1810 había quitado á su hermano Luis. La concesión era bien débil, en atención á que la frontera llevada del Wahal al Meuse era siempre lo que se llamaba la frontera natural ó las *bases de Francfort*, y nos conservaba el Escalda y Amberes. Napoleón autorizó además á su plenipotenciario para que renunciara á las diversas partes del territorio que poseíamos en la orilla derecha del Rhin en calidad de agregación de la orilla izquierda, tales como Wahal, Cassel y Kehl. De este modo conservando la orilla izquierda, abandonábamos los puentes que nos aseguraban las desembocaduras sobre la orilla derecha. Napoleón consintió también en demoler las fortificaciones de Maguncia, y en hacer de esta plaza una simple ciudad de comercio. Se resignó á ceder todas las posesiones de la Francia al otro lado de los Alpes, y todos los Estados de sus hermanos en Alemania ó en Italia, sin pedir otra compensación que una dotación para el príncipe Eugenio. El sacrificio de la España hacía tiempo que estaba hecho. Napoleón lo renovó formalmente, y en cuanto á nuestras colonias, autorizó á Mr. de Caulaincourt para que declarase que el devolvernos algunas factorías de la India (las que hoy poseemos todavía) sin las islas de Francia y de la Reunión; que el entregarnos la Guadalupe sin las Santas, la Martinica y las demás Antillas nuestras, era tan poco que renunciaba á esto por las posesiones continentales. La Francia, debía decir el plenipotenciario, prefería el comercio libre con el comercio de todas las naciones independientes ya, ó próximas á serlo, á tener algunas posesiones en el Nuevo Mundo tan miserables como difíciles de defender. Si no podía obtener la discusión sobre cada punto, Mr. de Caulaincourt debía presentar un contraproyecto bajo estas bases y esperar la respuesta cualquiera que fuese.

Estas instrucciones, remitidas ya desde Craonne y renovadas desde Reims con algo más de latitud, pero sin ir más lejos de lo que acabamos de exponer, eran en suma la reproducción de las bases de Francfort y no podían prolongar la negociación más allá de algunos días. Al recibirlas, Mr. de Caulaincourt se afligió profundamente, pues si quería á su país como un buen ciudadano, quería también á la dinastía, y habría deseado salvarla, aun cuando Napoleón debiera perder algo de su gloria personal, lo que consideraba él como un castigo de sus faltas tan inevitable como merecido. Pero atenido á órdenes absolutas, y habiendo agotado todos los recursos que podían servirle de pretexto para prorrogar algunos días el término fatal del 10 de marzo, al fin se vió obligado á entrar en explicaciones. Así lo hizo; pero cuando en una nota muy circunstanciada, que trató de leer á los plenipotenciarios, emprendió la discusión de los preliminares presentados el 17 de febrero, y quiso probar que eran la violación de un compromiso positivo, puesto que las bases de Francfort propuestas formalmente habían sido aceptadas del mismo modo; que las fronteras en que se quería encerrar á la Francia le quitaban el poderío relativo que debía conservar en interés del equilibrio europeo; que

la posesión de la orilla izquierda del Rhin no era para ella más que una compensación insuficiente del reparto de la Polonia, de la secularización de los Estados eclesiásticos, de la destrucción de la república de Venecia, y de las conquistas de los ingleses en la India; cuando emprendió, decimos, la exposición de estas consideraciones, se oyó un grito unánime de los siete ú ocho plenipotenciarios que amenazaron con levantar la sesión y no escuchar nada más, si el plenipotenciario francés persistía en desenvolver semejante tesis; dijeron que era un contraproyecto lo que el duque de Vicence debía presentar y no una crítica; que era un contraproyecto lo que había prometido; que hacía un mes lo esperaban con paciencia, y que tenían el encargo de exigirlo, con la orden de partir si no lo obtenían. Mr. de Caulaincourt trató, no obstante, de calmarlos y de hacerles aceptar su nota; pero no lo consiguió sino después de haber sufrido las más amargas recriminaciones y con la promesa de entregarles un contraproyecto en el plazo de veinticuatro horas.

En efecto, el 15, Mr. de Caulaincourt presentó el contraproyecto conformándose con las bases que acabamos de indicar. Después de la enumeración de los sacrificios á los cuales estábamos prontos á resignarnos, calculada de manera que resaltaran bien todas nuestras concesiones, como, verbigracia, el abandono de la Westfalia, la Holanda, la Iliria, la Italia y la España, se decía en el documento presentado, que la Francia consentía en estos puntos: que la Holanda fuese devuelta á un príncipe de la casa de Orange con aumento de territorio (este aumento no era otro que la restitución del Brabante holandés); que la Alemania fuese constituida como habían indicado los plenipotenciarios, es decir, *de una manera independiente y bajo un lazo federativo*; que la Italia fuese igualmente independiente; que el Austria tuviese en ella posesiones en tanto que la Francia se volviera á los Alpes bajo la condición, sin embargo, que el príncipe Eugenio y la princesa Elisa conservarían una dotación, y por último, que el papa volvería á Roma y Fernando VII á Madrid. La Francia admitía también que la Inglaterra conservara Malta y la mayor parte de sus adquisiciones. Pero esta precisa enumeración de las concesiones hechas por la Francia implicaba naturalmente que se prometía conservar el Rhin y los Alpes, es decir, Amberes, Colonia, Maguncia, Chambery y Niza, puesto que no declaraba abandonarlos.

Esta vez Mr. de Caulaincourt no fué interrumpido por los plenipotenciarios, pues había cumplido la condición presentando un contraproyecto, y fué escuchado con un silencio frío, pero sin sorpresa. Apenas acabada la lectura del documento, los plenipotenciarios se levantaron, y después de haber dado testimonio de la entrega del contraproyecto, anunciando que iban á enviarlo al cuartel general de los soberanos, declararon que podía considerarse la negociación como rota definitivamente, y que dentro de cuarenta y ocho horas habrían salido de Chatillón. Los ingleses y especialmente lord Aberdeen, que siempre habían observado las formas más convenientes, repitieron á Mr. de Caulaincourt que sentían mucho que no se hubiese concluido la paz bajo las condiciones propuestas por ellos, pues así se habría hecho cesar la efusión de sangre que en lo

sucesivo iba á correr sin término; que bajo aquellas condiciones habrían tratado de buena fe con Napoleón y que hasta le habrían reconocido como emperador, lo que no había hecho jamás la Inglaterra. Estas declaraciones que tenían el sello de la más evidente sinceridad consternaron á Mr. de Caulaincourt que habría querido al menos salvar el imperio, ya que no había podido salvar su grandeza. Este eminente ciudadano, que había representado á la Francia después de Jena y Friedland, y había sido halagado entonces por las caricias de la amedrentada Europa, era en su dolor, que no sabía ocultar bastante, un ejemplo cruel de las vicisitudes de la fortuna, un ejemplo que los plenipotenciarios no habrían debido mirar sin un vivo temor. ¡Pero los diplomáticos no son más filósofos que los demás hombres, y el presente les embriaga también hasta el punto de hacerles olvidar el pasado y el porvenir!

El contraproyecto remitido el 15 de marzo debía recibir su respuesta á los dos días cuando más tarde, es decir, el 17, y el congreso debía quedar disuelto el 18. Mr. de Caulaincourt lo mandó inmediatamente á Reims á Napoleón.

Napoleón lo preveía y había tomado su partido. Llegado á Reims el 13 por la noche, había resuelto pasar allí el 14, el 15, el 16 y quizá el 17, con el fin de dejar descansar á sus tropas, de refundir unos en otros ciertos cuerpos organizados en París demasiado de prisa, y de juzgar detenidamente la marcha de los aliados antes de fijar la suya definitivamente. Aunque su segundo movimiento contra el ejército de Silesia no hubiese tenido el feliz resultado del primero, y aunque hubiese salido engañado en sus esperanzas por la pérdida de Soissons, y por el resultado de las batallas de Craonne y de Laón, sin embargo, Blücher había sido muy maltratado, y el príncipe de Schwartzenberg, aunque había vuelto del Aube al Sena, no se había atrevido á marchar más allá del Nogent. Este príncipe parecía estar esperando para dar un paso más á que Napoleón revelara mejor sus designios. En fin, el combate de Reims, débil compensación de crueles decepciones, había producido, sin embargo, una fuerte impresión en los aliados. Napoleón no se consideraba, pues, como vencido, y esperaba siempre algún falso movimiento del enemigo para caer sobre él con la prontitud del rayo.

El plan que Napoleón continuaba prefiriendo á todos los demás, era el de aproximarse á sus plazas para recoger las guarniciones y establecerse luego sobre las comunicaciones de los generales enemigos. Le animaba mucho á seguir este plan la llegada á Reims del general Janssens con cinco ó seis mil hombres, sacados de las plazas de las Ardenas, los cuales reunidos en un cuerpo bien compacto habían atravesado felizmente las provincias invadidas. Como ya hemos visto, Napoleón había ordenado al general Maisón que tomara en Lille, en Valenciennes, en Mons y en fin en las fortalezas de la Bélgica, todo lo que no fuera indispensable para guardar las murallas durante algunos días; que formara un pequeño ejército y le reuniera con lo que llegase de Amberes. Además, había prescrito á Carnot, que seguía contentiendo á los ingleses delante de Amberes, que no conservara allí más que los hombres de marina y los últimos batallones organizados, y enviara lo más escogido, unos seis mil hombres, al general Maisón. Tam-

bién había mandado al general Merle que saliera de Maestricht y de las plazas del Meuse; á los generales Durutte y Morand que desocuparan Metz y Maguncia (órdenes que habían llegado é iban á ejecutarse), y así contaba sacar de las plazas desde Amberes á Maguncia cerca de cincuenta mil hombres. Napoleón no tenía necesidad de ir á Maguncia ó á Metz para recoger estos diversos destacamentos; un simple movimiento hacia el alto Marne por Chalóns, Vitry ó Joinville, movimiento que no le alejaba mucho del círculo de sus operaciones, le permitía tomar esos refuerzos que, unidos á las tropas que tenía en el Sena y el Marne, elevarían su ejército á ciento veinte mil hombres, quedando colocado además sobre la retaguardia de sus adversarios, que era el modo más seguro de apartarlos de París. Contra esta gran concepción había, sin embargo, dos objeciones: la falta de obras defensivas en torno de París, y la situación moral de esta ciudad. Como ya lo hemos dicho, Napoleón por temor de alarmar á la población había diferido hasta el último momento el levantar las obras necesarias; y de este modo en derredor de la capital de Francia, donde se elevan hoy once ó doce leguas de murallas y diez y seis ciudadelas, no había ni siquiera reductos de tierra. Algunas baterías con empalizadas delante de las puertas eran los únicos trabajos que se habían ejecutado. Componían la guarnición doce mil hombres de guardias nacionales, escogidos entre los ciudadanos pacíficos y menos revoltosos, y quince ó veinte mil hombres de los depósitos con una numerosa artillería. Sin embargo, con un jefe enérgico, esto habría sido bastante para desviar durante algunos días al enemigo, sobre todo si hubiesen podido dar fusiles al pueblo de los arrabales. Pero el estado moral de la capital era la mayor de las dificultades de la defensa. La población, dividida entre la aversión al extranjero y la aversión al despotismo, que al cabo de veinte años de victorias había traído á la Europa armada bajo sus muros, estaba pronta á entregarse al primer invasor, y un partido de descontentos hábiles podía, así que apareciese el enemigo, hacerse instrumento activo de una revolución operada ya en los ánimos. Esto era para el imperio una inmensa flaqueza, más terrible aún que la que nacía de nuestro estado militar casi destruido.

Príncipe legítimo, es decir, salido de una antigua dinastía, ó príncipe prudente que hubiese conservado la confianza del país, Napoleón habría podido tener el enemigo en París, como Federico el Grande lo había tenido en Berlín, sin experimentar otra cosa que un descalabro reparable. Para Napoleón, por el contrario, la entrada del extranjero en su capital, facilitada por la falta de obras de defensa, era no sólo un revés militar, sino la ocasión casi segura de una revolución.

Sin duda eran gravísimas estas objeciones contra todo plan que consistiese en alejarse de París; pero el sistema de batirse alternativamente contra Blücher y Schwartzberg en el ángulo formado por el Sena y el Marne, habiéndose hecho ya casi impracticable, primero porque se traslucía demasiado, y segundo porque, estando Napoleón acorralado en el fondo del ángulo, las dos masas enemigas al aproximarse se confundirían en una sola, era preciso absolutamente que cambiara de táctica, y no había otra mejor que aquella que le daba cincuenta mil hombres, y le establecía sobre la retaguardia del enemigo. No pudiendo pasar por otro punto, Napoleón procuraba persuadirse que el peligro político no era grande, que no se atreverían á romper el yugo de su autoridad, y que además los parisienses, teniendo á sus hermanos á la cabeza, sabrían defenderse. No se figuraba entonces, porque no lo había experimentado, lo que llegan á producir la incertidumbre y la debilidad de las voluntades cuando un gobierno se halla quebrantado moralmente y los espíritus le abandonan. Fuese, pues, por necesidad ó por un resto de ilusión, adoptó el plan, tan bien concebido bajo el aspecto militar, de marchar hacia las plazas, plan que para salir bien sólo exigía que París se sostuviera cinco ó seis días.

Sin embargo, antes de empeñarse en esta atrevida maniobra, Napoleón había querido dar algún descanso á sus tropas, prescribir algunas disposiciones indispensables, y ver si no podría antes de alejarse caer otra vez más sobre la retaguardia de uno de los dos ejércitos invasores, el de Bohemia, verbigracia, que habiendo tomado posición en Nogent le presentaba ya su flanco. En esto había empleado los cuatro días pasados en Reims desde el 14 al 17 de marzo. Napoleón había dejado al general Charpentier en Soissons con algunos restos suficientes para defender la plaza; había reorganizado, reuniéndolas, las cuatro divisiones de joven guardia que componían los cuerpos de Víctor y Ney; había ordenado que le enviaran de París con Lefebvre-Desnoettes unos tres ó cuatro mil hombres de joven guardia, dos mil jinetes montados del mismo cuerpo, el pequeño resto de tropas polacas, una nueva división de reserva formada con los guardias nacionales que entraban en los depósitos de línea, y en fin un inmenso parque de artillería. Estos refuerzos debían procurarle doce mil hombres. Había recibido ya unos seis mil de las plazas de las Ardenas con el general Janssens, y gracias á todo esto le era posible elevar su ejército á sesenta mil hombres. Si además reunía los cuerpos de Macdonald, Oudinot y Gerard, tendría cerca de ochenta y cinco mil combatientes, y ciento treinta y cinco mil si su marcha á las plazas daba el resultado que él se prometía.

Habiéndole parecido suficiente el descanso acordado á sus tropas, y estando terminadas sus disposiciones, resolvió partir de Reims el 17 por la mañana para pasar á Epernay y juzgar allí mejor sobre lo que le conveniría hacer en las actuales circunstancias. París estaba alarmado por la nueva aproximación del príncipe de Schwartzberg que había enviado sus avanzadas á Provins, y por los acontecimientos sobrevenidos al ejército de España entre Bayona y Burdeos. Colocado á la orilla del Marne en Epernay, Napoleón vería si era preciso caer en seguida sobre la retaguardia del príncipe de Schwartzberg, para detenerle en su marcha hacia la capital, ó si debía persistir en su proyecto de marchar á las plazas. Desde la víspera sus disposiciones estaban concebidas con este doble fin, pues al encaminar la masa de sus fuerzas hacia Epernay, había enviado á Ney con la infantería de joven guardia á Chalóns. Si él avanzaba hacia las plazas, no tenía más que dirigir todos sus cuerpos hacia Chalóns detrás de Ney, ó replegarlos por el contrario hacia Fere-Champenoise, si es que se arrojaba sobre el príncipe de Schwartzberg.

Ney, enviado á vanguardia para ir á la Fere Champenoise, no tendría que hacer más camino que de Chalóns á Epernay.

Habiendo salido de Reims el 17 por la mañana, llegó á Epernay por la noche. Había dejado en Reims á Mortier para secundar á Marmont en la defensa de Berry-au-Bac, y les había dado á entrambos la misión de contener á Blücher durante algunos días, disputando sucesivamente los pasos del Aisne y del Marne. Supo al llegar á Epernay que el príncipe de Schwartzberg había avanzado mucho por la otra parte del Sena. Este último se obstinaba tanto en seguir la dirección de París, que caer sobre su retaguardia parecía un golpe de mano seguro, de grandes consecuencias como el de Montmirail, y políticamente necesario á causa de la extremada consternación de los espíritus en la capital. Con efecto, en París llamaban á gritos á Napoleón, pues no podían ver aproximarse las bayonetas extranjeras sin invocar el socorro de su brazo. Los acontecimientos de Bayona y Burdeos habían aumentado la consternación de los parisienses. Estos sucesos, muy graves, como vamos á ver, habían inspirado á los enemigos del gobierno una exaltación de esperanza que era preciso destruir inmediatamente. Por todos estos motivos, Napoleón tomó sin vacilar el camino de Fere-Champenoise, á fin de pasar del Marne al Sena. El 18 por la mañana todo el ejército fué puesto en movimiento en esta dirección.

Antes de seguirle en la nueva serie de operaciones, es preciso trazar brevemente los acontecimientos que acababan de pasar en la frontera de España, y que tanto habían conmovido los ánimos. El mariscal Soult había seguido ocupando el Adur por su derecha, y el río de Olerón por su centro y su izquierda, en tanto que lord Wellington no se había resuelto á avanzar. Pero habiendo recibido los recursos necesarios para mantener á los españoles, el general inglés había tomado la ofensiva con ocho divisiones inglesas, dos divisiones portuguesas y cuatro españolas. Había encargado á dos divisiones inglesas y dos españolas el bloqueo de Bayona, y luego con las fuerzas restantes (unos sesenta mil hombres) había marchado contra el mariscal Soult, que le había cedido Olerón, y había ido á tomar posición hacia el río de Pau en los alrededores de Orthez.

El mariscal Soult, después de haber dejado una división entera en Bayona (independientemente de la guarnición); después de haber enviado á Napoleón dos divisiones de infantería y varias brigadas de caballería, conservaba aún seis divisiones de infantería y una de caballería, formando un total de unos cuarenta mil hombres de tropas excelentes. Si esto no era bastante para vencer, sobre todo tratándose de tropas inglesas, era bastante para disputar el terreno palmo á palmo y para cubrir Burdeos. En aquel momento era Burdeos la capital del Mediodía. Reinaba allí, además de un descontento particular de las ciudades marítimas privadas de comercio hacía veinte años, un espíritu religioso y realista común á las provincias meridionales, de cuyo modo fermentaban todos los sentimientos más contrarios al régimen imperial. El duque de Angulema, hijo del conde de Artois y sobrino de Luis XVIII, que había corrido á la frontera de España, no había sido recibido por lord Wellington, gracias al cuidado que ponían

los ingleses en quitar á la guerra toda apariencia de cuestión dinástica. Sin embargo, se había quedado en la retaguardia del cuartel general, y su presencia causaba en el país una agitación extraordinaria, lo que no se había visto en el Franco Condado y la Lorena, donde la llegada del conde de Artois no había producido ninguna sensación. Muchos emisarios realistas habían aparecido ya en Burdeos, y bastaba un movimiento del enemigo para determinar la explosión que se anhelaba.

Esto era lo que había decidido á Napoleón á dejar una porción tan considerable de tropas entre Bayona y Burdeos y lo que debía motivar por parte de sus capitanes los más enérgicos esfuerzos para contener al ejército inglés. Por eso Napoleón había recomendado varias veces al mariscal Soult que desplegara el mayor vigor, que hiciera lo que él hacía, es decir, mostrarse el primero y el último en el fuego, pues cuando había que pedir á las tropas tantos sacrificios, el medio mejor de obtenerlos era darles el ejemplo con su propia persona.

El 26 de febrero, el mariscal Soult había tomado posición detrás de Orthez, sobre las alturas que rodean el río de Pau, teniendo á su derecha al general Reille, en el centro al conde de Erlón, y en fin, á la izquierda de Orthez, al general Clausel, cada uno con dos divisiones. Este último cubría el camino de Sault de Navailles. La caballería vigilaba las orillas de la posición. Cada ala estaba colocada en dos líneas, la segunda dispuesta á apoyar á la primera. El 27 de febrero por la mañana, lord Wellington había pasado el río y atacado con cinco divisiones inglesas la derecha de los franceses confiada al general Reille, en tanto que al extremo opuesto el general Hill, con una división inglesa, con los portugueses y los españoles, acometía al general Clausel en Orthez. La lucha había sido larga y encarnizada, y tanto el general Reille á la derecha como el general Clausel á la izquierda habían sostenido dignamente el honor de nuestras armas. El general Clausel se había mantenido firme en Orthez, y el general Reille, obligado á retroceder sobre una segunda posición, tenía sin embargo la certeza de sostenerse, si mediante un vigoroso empleo de las segundas líneas se empezaba otra vez el combate contra un enemigo visiblemente extenuado. Es verdad que podían encontrarse vencidos después de este nuevo esfuerzo, no teniendo por reserva, fuera de las seis divisiones empeñadas, más que la brigada del general París, que estaba compuesta de restos de todos los cuerpos. Pero también se podía vencer, y entonces las consecuencias hubiesen sido considerables. Estas son cuestiones que sólo el carácter puede decidir, pues la inteligencia no alcanza á resolverlas. El mariscal Soult, considerando que aquel ejército era lo último que le quedaba al imperio en el Mediodía, había juzgado más prudente retirarse, y había operado su retirada hacia Sault de Navailles, después de haber muerto ó herido unos seis mil hombres á lord Wellington, y de haber dejado tres ó cuatro mil en el campo de batalla. Las tropas habían conservado en su retirada un orden admirable, é inspirado un verdadero respeto al enemigo.

Pero acababan de abandonar un terreno muy precioso, y al cabo de una jornada que sin ser una batalla perdida pronto parecería como tal, porque el enemigo en su marcha adelante estaría autorizado á considerarla

asi, y porque las poblaciones descontentas del Mediodía no la calificarían de otro modo. Después de la batalla de Orthez no quedaba ningún punto donde pudiesen detenerse hasta el Garona. Burdeos iba, pues, á encontrarse descubierto, y comprometido el gran interés político al que Napoleón había sacrificado cuarenta mil hombres, que en el Sena hubieran salvado al imperio. No había más que un recurso, y éste era que el mariscal Soult tomase su línea de operaciones sobre Burdeos é hiciera de esto el objeto de su retirada. En este caso, no tenía más remedio que dar otra batalla, aun á riesgo de perderla, y luego, cualesquiera que fuesen los resultados, era preciso replegarse sobre Burdeos, establecer un vasto campo atrincherado alrededor de la ciudad, y defenderse allí como el general Carnot en Amberes. Es verdad que Burdeos no tenía las murallas de Amberes, pero tenía otra cosa mejor: tenía un hermoso ejército que, apoyándose en esta ciudad, debía ser inexpugnable. Conque se sostuviera quince ó veinte días era lo bastante para que Napoleón tuviera tiempo de decidir sobre el destino de la guerra entre París y Langres.

El mariscal Soult, temiendo los encuentros con el ejército inglés, que casi siempre habían sido desgraciados (gracias, preciso es decirlo, á nuestros generales y no á nuestros soldados), había imaginado maniobrar, y en vez de cubrir directamente Burdeos, subir hasta Tolosa, creyendo que los ingleses no se atreverían á encaminarse á Burdeos en tanto que estuviera él sobre su flanco y su retaguardia. Este género de cálculo conveniente á Napoleón, á quien temían, no tenía tanto fundamento en sus capitanes, á quienes seguramente no temían tanto como á él. Pronto lo probaron los hechos. En efecto, lord Wellington, que atrayendo á sí una parte de las tropas dejadas en derredor de Bayona, disponía de más de setenta mil hombres, podía destacar diez ó doce mil hacia Burdeos, lo que bastaba para sublevar esta ciudad, y quedarse con sesenta mil para seguir al mariscal Soult hacia Tolosa. Esto es lo que hizo. En tanto que el mariscal Soult tomaba el camino de Tarbes, lord Wellington destacó de Mont-de-Marsán al mariscal Beresford con una columna de tropas inglesas y portuguesas, y éste hallando á Burdeos sin defensa entró en la ciudad el 12 de marzo. El general y el prefecto, que tenían á lo más mil doscientos hombres, se retiraron al Dordoña, y los realistas de Burdeos, secundados por los comerciantes deseosos de conseguir que se abrieran los mares, pidieron á voz en grito el restablecimiento de los Borbones. Entonces el duque de Angulema se apresuró á presentarse y proclamaron la restauración de la antigua dinastía á la vista de los ingleses, que no hacían nada y que nada impedían, contentándose con repetir que les eran extrañas las cuestiones de gobierno interior, que ellos no estaban encargados sino de una misión cual era la de asegurar la existencia de sus tropas y poner á salvo la seguridad de las poblaciones que se confiaran á su lealtad. El alcalde de Burdeos, el conde Linch, poniéndose á la cabeza del movimiento, hizo una proclama anunciando el restablecimiento de los Borbones, y parecía decir que los aliados habían tomado las armas para devolver á la Francia sus legítimos príncipes. Lord Wellington, fiel á sus instrucciones como á una consigna militar, escribió al duque de Angulema para reclamar contra la procla-

ma del alcalde de Burdeos, y para declarar que la caída de una dinastía y el restablecimiento de otra no entraban de ningún modo en los fines de las potencias aliadas, y que se vería en la necesidad de explicarse sobre esto ante el público si no retractaban el aserto que se habían permitido.

Esto era llevar el escrúpulo de las apariencias demasiado lejos, cuando en el fondo no se quería más que lo que había anunciado el alcalde de Burdeos. Como quiera que sea, no era menos verdad que el enemigo, aprovechando una falsa maniobra del mariscal Soult, había entrado en Burdeos, que quedó abierto, y había proporcionado á los realistas la fácil ocasión de proclamar la restauración de los Borbones en el Mediodía de la Francia. El ejemplo era gravísimo y podía suscitar imitadores. A nosotros que razonamos cincuenta años después de estos acontecimientos, nos parece que habría debido servir de aviso á Napoleón y fíjarle irrevocablemente alrededor de París. Pero sin contar que Napoleón no sabía hasta qué punto se había enajenado los corazones por su sistema de guerra continua, estaba dominado por la imposibilidad de disputar más tiempo París en sus territorios próximos, y por la necesidad de ir á la frontera á buscar sus últimos recursos. Además antes de ejecutar este movimiento había resuelto, como hemos dicho ya, atacar violentamente el flanco del príncipe de Schwartzenberg, con el fin de llamarle á sí, ó al menos de retardarle en su marcha hacia la capital. Este era el motivo de la dirección que había dado á sus tropas hacia Fere-Champenoise, adonde llegó el 18 por la noche. En el camino, la caballería de la guardia había encontrado á los cosacos de Kaisarow y los había destrozado y rechazado sobre el Sena. Pernoctaron en Fere-Champenoise y sus alrededores.

Al día siguiente 19, Napoleón, después de haber deliberado si marcharía sobre Arcis ó Plancy, se dirigió á este último punto, porque todas las noticias le presentaban al príncipe de Schwartzenberg como llegado ya á Provins, y creyó que aproximándose más á Provins, tendría más probabilidades de caer en medio de las columnas poco concentradas del ejército de Bohemia.

Sin embargo, razonando así, Napoleón no estaba bien informado de los últimos movimientos del enemigo. Alentado por los acontecimientos de Craonne y de Laón, el príncipe había enviado desde luego una vanguardia hasta Provins, sin estar bien resuelto á intentar algún golpe desivo, pues además de su prudencia ordinaria le contenía á la sazón un ataque de gota. Pero en cuanto supo el combate de Reims, había temido alguna nueva empresa de Napoleón y se había apresurado á volver á Nogent. Además el emperador Alejandro, inquieto al saber que había tropas francesas en Chalóns (hemos visto que el cuerpo de Ney se había dirigido á esa ciudad), había temido que Napoleón, cayendo de Chalóns sobre Arcis, no les atacara á todos por retaguardia, y de Troyes había ido á toda prisa para manifestar sus temores al príncipe de Schwartzenberg, cuyo cuartel general estaba entre Nogent y Mery. El generalísimo austriaco, ordinariamente menos atrevido en sus proyectos que el emperador Alejandro, era sin embargo de genio menos asustadizo, y sin estar tan convencido del peligro como el monarca ruso, llamó el 18 hacia Troyes á todos sus cuerpos demasiado diseminados, con

la intención de concentrarlos en Bar del Aube, á fin de no quedar expuesto á un movimiento de flanco de su temible adversario.

De esta manera, el 19, en tanto que Napoleón á la cabeza de su caballería avanzaba á galope hacia Plancy, el mariscal de Wrede, que había quedado guardando el Aube y el Sena, entre Arcis, Plancy y Anglure, estaba en retirada con dirección á Arcis. El cuerpo de Wittgenstein (convertido en cuerpo de Rajeffsky), los del príncipe de Wurtemberg y del general Giulay se replegaban hacia Troyes, y las reservas al mando de Barclay de Tolly se concentraban entre Brienne y Troyes.

Napoleón, desembocando en Plancy, se había inclinado demasiado á la derecha, es decir, hacia París, y muy luego se convenció de esto al ver la marcha retrógrada de las diversas columnas del ejército de Bohemia. Sin embargo, sabiendo por experiencia que arrojándose atrevidamente en medio de tropas en retirada se tienen más probabilidades de hacer buenas presas que de encontrar una fuerte resistencia, pasó sin vacilar el puente de Plancy con la caballería de su guardia, y después de haber atravesado el Aube avanzó hacia el Sena. Dejó sobre su izquierda al general Sebastiani con las divisiones de Colbert y Exelmans, para estar seguro por el lado de Arcis, y con la vieja guardia á caballo de Letort se corrió en derechura al puente de Mery sobre el Sena. Como Mery estaba ocupado por el enemigo, Letort vadeó el Sena más abajo y cayó en medio de la retaguardia del príncipe de Wurtemberg. Acuchilló algunos centenares de hombres y operó una captura magnífica: un tren de puentes perteneciente al ejército de Bohemia. Si un mes antes hubiese tenido Napoleón ese instrumento de guerra, quizá se habría librado de todos sus enemigos. Acababan de enviarle uno de París, pero era tan pesado que no podía hacer uso de él. Por eso se alegró hasta lo sumo con la adquisición de aquél, que estaba bien construido y era ligero y de fácil transporte. Después de este atrevido reconocimiento, Napoleón dejó hacia Mery á Letort ocupado en correr detrás de la cola de las columnas enemigas, volvió á pasar el Sena en persona y pernoctó en Plancy del Aube.

Aquel día se había aclarado perfectamente la situación. El príncipe de Schwartzenberg se retiraba á toda prisa, no más que por el miedo de tener al ejército francés sobre su flanco derecho; ¿qué haría luego que le creyera sobre su retaguardia? Napoleón, viendo que París estaba libre, y que el príncipe de Schwartzenberg mostraba tan poca firmeza, resolvió aprovechar la ocasión para volver á su proyecto de marchar á las plazas, recoger las guarniciones y tomar luego posición con fuerzas casi dobles á la retaguardia del enemigo. Era de presumir que el príncipe de Schwartzenberg, ya en retirada hoy, se apresuraría más en ese movimiento cuando Napoleón se encontrase en Vitry, en Saint-Dizier, en Toul y Nancy, y que Blücher por su parte no avanzaría puesto que Schwartzenberg iba retrocediendo (1).

En su consecuencia, Napoleón tomó las siguientes disposiciones: ordenó á los mariscales Oudinot y Macdonald, y al general Gerard, ya desembarazados de la presencia del enemigo, que subieran hacia él por Pro-

(1) Hablo aquí en vista de la correspondencia de Napoleón, que traza por día y hora sus resoluciones y movimientos.

vins, Villenauxe, Anglure y Plancy, y se le reunieran en Arcis, por la orilla derecha del Aube. Ney, encaminado por la misma orilla debía llegar durante el día con la joven guardia y Friant con la vieja. Napoleón resolvió ir también en persona al otro día 20 por la mañana, con la caballería de la guardia, subiendo el Aube por la orilla izquierda. Después de haber reunido alrededor de Arcis á Ney, Friant, Oudinot, Macdonald y Gerard, y después de haber recogido caminando algunos despojos del enemigo; en fin, después de haber recibido los convoyes salidos de París al mando de Lefebvre-Desnoettes, debía marchar en derechura del Aube al Marne, y llegar á Vitry y Saint-Dizier, y quizá á Bar-le-Duc. Los mariscales Mortier y Marmont dejados en Reims y en Berry-au-Bac podían reunirse con él fácilmente por Chalóns, y Napoleón les envió la orden de que así lo hicieran. Todo se arregló, pues, para dirigirse sobre las plazas con setenta mil hombres. Después de tomar estas disposiciones, Napoleón escribió á París lo que iba á hacer, recomendó mucha serenidad á todo el mundo y se mostró como un hombre que rebosa confianza. Esta confianza era en parte afectada, pero en gran parte era sincera, pues conocía el mérito de sus combinaciones y no dudaba de su buen éxito.

Al día siguiente, 20 de marzo, día que debía ser más de una vez memorable en su vida, dejó Plancy para subir el Aube por la orilla izquierda, con una porción de su caballería. Letort había dejado otra parte de ella en Mery á fin de recoger bagajes y prisioneros. El general Sebastiani, con las divisiones Colbert y Exelmans, había tomado la delantera y se había corrido hacia Arcis. Napoleón, en su extremada confianza, no había querido volver á pasar el Aube para caminar á cubierto, y había marchado hacia Arcis por el camino que había trazado á los diversos destacamentos de su caballería.

Llegado hacia el mediodía á Arcis (Arcis del Aube), encontró allí al general Sebastiani muy preocupado con lo que había visto en el camino. El mariscal Ney, que acababa de llegar con su infantería por la orilla derecha del Aube, parecía estar no menos receloso que el general Sebastiani. Uno y otro, después de haber rechazado las avanzadas bávaras, creían haber distinguido, entre el Aube y el Sena, es decir, entre Arcis y Troyes, á todo el ejército de Bohemia. Ahora bien; si esto era así, no había tiempo que perder para abandonar Arcis, que está en la orilla izquierda del Aube, y para pasar á la derecha, á fin de poner el río entre ellos y el enemigo. Si bien es verdad que mediante la reunión de tropas ordenada en Arcis debía tener muy pronto setenta mil hombres, cuando llegaran Oudinot, Macdonald, Gerard y Lefebvre, y ochenta y cinco mil en Vitry, cuando se reunieran Mortier y Marmont, era el caso que en aquel momento no había más de veinte mil. En efecto, tenía cinco mil hombres de caballería de la guardia, Ney traía nueve ó diez mil hombres de infantería de la joven guardia, y Friant cinco ó seis mil de la vieja. No era esto bastante para hacer frente á los noventa mil combatientes del príncipe de Schwartzenberg, concentrados entre Arcis y Troyes.

Napoleón, que había visto en Mery las columnas de Schwartzenberg en retirada, no podía imaginar que este príncipe pensase hacer alto en Troyes y Arcis para arriesgar en ese terreno una batalla. Un ligero reconoci-